

Contra el aturdimiento. Notas de escucha

Against Bafflement. Notes on Listening

Gabriel Giorgi

CONICET

gag206@nyu.edu

ORCID 0000-0001-8048-5543

Resumen

El presente ensayo es una exploración sensible sobre los anudamientos entre escucha y crisis de hegemonía. Parte de la premisa de que toda crisis de hegemonía es una crisis de escucha. Dicha crisis es una dislocación temporal radical: el presente de la escucha está siempre dividido y desmultiplicado (Nancy.) Está hecho de tiempos astillados, de huellas de que vienen de algún pasado. Esa proliferación temporal es importante: habla de formas de memoria que no encajan nunca del todo en ninguna política de la memoria. Explorar la escucha nos puede ayudar, entonces, a trabajar esas memorias precisamente en un momento de guerra activa contra toda forma de memoria colectiva. Me propuse situarme ahí, en la escucha. No como testimonio personal sino como *trabajo* crítico, es decir: como trabajo de reorientación (LaBelle) en medio de la mutación en curso.

Palabras clave: escucha; crisis de hegemonía; temporalidades; memoria

Abstract

This essay seeks to perform an aesthetic exploration on the relations between listening and crisis of hegemony. It is based on the premise that every crisis of hegemony is a crisis of listening. This inflection is a radical temporal dislocation: the present of listening is always divided and multiplied (Nancy.) It is made of splintered times, of traces that come from different pasts. This temporal proliferation is important: it speaks of forms of memory that never quite fit into any politics of memory. To interrogate the very practice of listening can help us, then, to work on these memories precisely at a time of active war against all forms of collective memory.

The essay situates the practice of listening not as personal testimony but as critical work--that is: as a work of reorientation (LaBelle) in the midst of the ongoing cultural and political mutation.

Keywords: listening; crisis of hegemony; temporalities; memory

El trabajo de reorientación

Toda crisis de hegemonía es una crisis de escucha. De las formas de interlocución, de interpelación, de las demandas y de los reconocimientos, los silencios y las sorderas: una hegemonía es una distribución de lo audible y de lo inaudible. La escucha valida o desconoce: dice qué es palabra y qué es ruido. Reclama ese poder. Pero cuando esa distribución dominante de lo audible entra en crisis la propia escucha se moviliza al máximo como sentido político y también como canal de afecto y de relación. Se enfrenta también a sus límites y busca reinventarse. Se vuelve, en cualquier caso, herramienta clave para la tarea de reorientación que nos toca emprender.

Quizá el gran acierto de Sara Ahmed haya sido, justamente, el de poner énfasis en la “orientación” —esa fenomenología, ese radar sensorial-- en contrapunto a, por caso, los “mapas cognitivos” de los que se hablaba en otra era de los saberes, de las tecnologías y de la política. Un cuerpo que se mueve a tientas, sin mapa: la *pregunta por la orientación* ante un paisaje social transformado arranca en el cuerpo, en sus territorios sensibles y en sus movimientos.

Me interesa situar ese trabajo sensible: creo que ésa es la tarea de la crítica en este momento. Menos develar o interpretar que seguir el rastro de señales capaces de guiar al cuerpo en el medio de una mutación ambiental. Dado que la crisis de una hegemonía nunca es solamente una crisis de paradigmas discursivos o ideológicos. Es una crisis y una reconfiguración de mundos sensibles, de las formas de habitar y de relacionarnos. Ahí la cuestión de la orientación se vuelve eje del trabajo crítico.

Brandon LaBelle habla de la escucha como un “trabajo de reorientación”: dice que la escucha siempre tiene lugar en el umbral (más que “límite”) entre lo audible y lo inaudible, y que ese umbral es siempre zona de disputa, es decir, que siempre se juega sobre formas y estructuras de dominación que distribuyen lo que una sociedad puede escuchar y lo que se descarta hacia lo inaudible. Por eso las demandas, las guerras y las derrotas y las victorias se

juegan tan frecuentemente en torno a la demanda de escucha. Las formas de reconocimiento social y político son también formas de escucha: la disputa sobre esas formas va al corazón de nuestras luchas.

A la vez, lo interesante de la escucha es que se mueve entre la desorientación y la reorientación: las fuentes de sonido son siempre inciertas, su tiempo nunca es “presente” —eco, resonancia, transmisión: lo que entra por el oído no tiene nunca un origen definido—, y su campo de vibración tampoco tiene contornos estables. Esa indeterminación que es propia de la vida de los sonidos entrena a la escucha para estar siempre en “estado de reorientación”: está a la pesca de, o atravesada por, trayectorias sensibles —que son también del sentido— que eluden las formas de lo evidente, de lo visible y de lo dado.

Por eso la escucha es una herramienta propicia para el trabajo de reorientación que nos toca en el presente: este es el argumento de estas notas. *Poner el oído* en la lengua, en los ambientes y los entornos, en las señales que vienen de los cuerpos, en los sueños, ahí donde lo no-dicho y lo inarticulado encuentra sus líneas de emergencia. Reaprender a, como dice María Moreno, “leer con los oídos”: un *arte de la atención*. Entrenar la escucha y la atención precisamente donde la estrategia del gobierno actual (como todos los gobiernos de ultraderecha del presente) es, de modos inequívocos y explícitos, *el aturdimiento de los cuerpos y de las mentes*: una estrategia cotidiana y sistemática de irritación y agotamiento como modo de la comunicación política.

Contra ese aturdimiento, en los últimos meses me propuse escribir unas *notas de escucha*. Retomo en este ejercicio algo que comenzó tiempo atrás, cuando me pregunté por el tipo de oralidad que venía junto a las escrituras del odio en territorios electrónicos. Algo que pasaba por esas escrituras que paraban la oreja y que pescaban un afecto político que mutaba de naturaleza y escala: las señales del presente ya aparecían ahí, y venían de la mano de la escucha.

Quiero seguir ese ejercicio, ahora por otros medios. No se trata de un diario, tampoco una investigación: más bien un registro arbitrario de lo que llega por los oídos. Y de *producir escenas de escucha* como estrategia para eludir y contrapesar la captura de la atención bajo el signo del aturdimiento.

Steven Connor dice que el sujeto de la escucha, a diferencia del sujeto de enunciación (que tiene foco, unidad, concentración en su enunciado y en lo que se anuda en su voz), se dispersa, se desarma en una multiplicidad de estímulos sensibles. Escuchamos a la vez una conversación, el ruido de la calle, la cuchara que se cae y la música del fondo: todo eso. Lo

compaginamos, nos distrae, nos fijamos momentáneamente a algunos de esos registros y luego volvemos a otro: el sujeto de la escucha es un sujeto en dispersión permanente, el sujeto que sin cesar debe pelear por mantener la atención para navegar los mundos aurales que lo atraviesan. Me gusta esa posición: *el que pelea por su capacidad de atención*. Creo que es donde nos situamos en este momento de la tecnología y de la sensibilidad.

Los mundos aurales están hechos de ecos, resonancias, vibraciones: el presente de la escucha está siempre dividido y desmultiplicado. Está hecho de tiempos astillados, de huellas de que vienen de algún pasado. Esa proliferación temporal es importante: habla de formas de memoria que no encajan nunca del todo en ninguna política de la memoria. Entrenar la escucha nos puede ayudar, creo, a trabajar esas memorias precisamente en un momento de guerra activa contra toda forma de memoria colectiva.

Me propuse situarme ahí, en la escucha. No –insisto– como testimonio personal ni como catarsis sino como *trabajo crítico*. Es decir: como trabajo de reorientación en medio de la mutación en curso. Me ubico en la escucha desconfiando de ella: tal es, creo, el primer paso cuando testeamos una herramienta crítica.

Acá van algunas de esas notas.

Nota 1

“*Ladrão*”

“Ao menos, ele é daqui”

“Ele” es Bolsonaro. “Daqui” quiere decir, supongo, de Brasil.

“E Lula não é daqui?”, pregunto.

“Lula é um ladrão”

La figura del conductor (“socio”) de Uber se me volvió un personaje insistente: todos parecen repetir lo mismo. Es el tercero que salta de alegría cuando se entera de que soy argentino: que si estoy contento con el nuevo presidente. Es el 10 de diciembre, estoy en São Paulo. Este conductor insiste mucho en la esperanza y en la libertad (“viva la libertad, caralho”, dice, entre lenguas, con risa muy genuina.) Le resulta absolutamente incomprensible mi desasosiego. Le explico los motivos, aún sabiendo que es en vano. Pero le cuento igual, en primer lugar porque él me pregunta. Creo que se asusta un poco con mi intensidad.

La conversación en ningún momento se detuvo: hacíamos la cartografía de la distancia

entre nosotros. El Uber se fue volviendo una burbuja de no-escucha en la escucha misma. Me interesa eso. Todo amable: incluimos chistes, chicanas, alguna risa. Obvio: él quiere su viaje, yo quiero llegar a destino. Soy, además, extranjero: gran filtro. Pero pienso igual que debo aprender a convivir con esto: con la no-escucha como textura de la vida cotidiana. Están muy bien las promesas cívicas que vienen con la escucha, su hospitalidad, su capacidad para trabajar con las diferencias. Pero no siempre funciona. Hay que vivir con eso también. Y eso inescuchable o inaudible es, pienso, parte esencial de la escucha. Primer paso: saber reconocer la frontera entre lo audible y lo inaudible. Segundo paso: entender que esa frontera está hecha de tiempo, que es cuestión de tiempo. Llego hasta ahí.

Un *protocolo de distancia aural*, digamos. Escucho las señales atmosféricas. Guardo las distancias.

Brasil siempre se pensó como el país del futuro; bueno, lo es. El futuro que empezó hoy en Argentina es un futuro *viejo*. En una revista de aquí juegan en estas semanas con el nombre “Javier Delay”: esto ya lo vimos, dicen los brasileños. Ahora gobierna Lula, con indicadores económicos y políticos con los que no podríamos ni soñar en Argentina, pero el “socio” de Uber no deja de repetir “ladrão.” Postal de escucha, diciembre 2023.

En la escucha está el futuro.

Nota 2: Lo inarticulado

Los gobiernos de ultraderecha parecen jugarse en torno a dos escenas de escucha. Por un lado, el *ruido*. Son gobiernos deliberadamente ruidosos no sólo por el tipo de semiótica aural que cultivan (el grito, el “rugido”, la masculinidad caricaturesca de la Voz) sino fundamentalmente porque buscan desorientar, saturar de señales contradictorias el espacio público, confundir y agotar las mentes y los cuerpos. Meter ruido para desorientar todo el tiempo: eso como método de gobierno. Se mueve entre la tele y las plataformas digitales, con las variaciones, reinterpretaciones, la cacofonía del ruido gubernamental. El gobierno de los cuerpos agotados por la vía del ruido, de la captura incesante de la atención. Si en otro momento la tarea crítica era develar las trampas de la ideología, creo que en nuestra época el trabajo crítico es intentar desmalezar el ruido que el gobierno inyecta en la vida cotidiana. Un arte de la atención y una política de los decibeles en contexto de aturdimiento deliberado de lo social: *estrategias críticas en la sociedad aturdida*.

Por otro lado, la otra escena de escucha pasa por lo inarticulado. Se supone que los gobiernos

de ultraderecha emergen allí donde hubo una enorme falla en la escucha política: sectores que quedaron no solamente abandonados sino obturados en su expresión en campos discursivos en los que los progresismos y las derechas neoliberales habían demarcado el campo de enunciaciones. Eso no escuchado, esa falla, encontraría en la ultraderecha su vía de expresión y de articulación.

De expresión, vaya y pase. La bronca, la ansiedad, la experiencia de la pandemia, la reacción antifeminista, etc etc: suponemos que las ultraderechas abren caminos expresivos para esa heterogeneidad de afectos y de reacciones. *Articulación* es más complejo. Desde Trump a Milei pasando por Bolsonaro se trata de figuras que trituran los lenguajes, que se quedan sin palabras (recordemos el debate presidencial en Argentina antes del balotaje), bufonean y afectivizan —circulando los afectos más diversos, desde la crueldad hasta la fragilidad— pero que se encargan de que sus discursos sean contradictorios, incoherentes, quebrados. Que no haya línea discursiva clara. Esto es, creo, diferente de la amalgama propia del discurso populista analizada por Laclau, que reclama una cierta orfebrería de sentido, que puede resultar más o menos eficaz, más o menos sólida (“proyecto nacional y popular”, por caso) pero que apunta a enmarcar dentro de cierta coherencia la heterogeneidad de las demandas. En las ultraderechas ese esfuerzo no se hace, o se hace con los tiempos y los formatos de las plataformas digitales, con lo cual toda amalgama se licúa y el enunciado político se astilla en mil fragmentos contradictorios que sólo se engarza en la persona afectiva del líder.

Y entonces, lo que queda es *lo inarticulado*. No sólo en el discurso político oficial sino en los lenguajes cotidianos, diarios, íntimos y público de lo político. La falta de palabra como lugar de enunciación política. Pibes (más que pibas) que salen a la cancha de lo colectivo en la triple encrucijada de la pandemia, el feminismo y TikTok: “libertad” buscó, y en cierto sentido logró, amalgamar eso, y sin embargo, cuando hay que ponerle sentidos a esa libertad, el lenguaje se desfonda.

Lo que se supone que las ultraderechas vienen a articular pero que permanece inarticulado. Creo que esta es una de las preguntas más difíciles de nuestra época: ¿cómo escuchar lo inarticulado? ¿Qué tipo de escucha reclama eso? Y a la vez, toda escucha, la escucha concebida como ejercicio (y no como confirmación de lo que ya sabemos, de lo que esperábamos, de lo que imaginábamos) ¿no es siempre la escucha de lo inarticulado? Del rumor, del murmullo, de la media voz, de lo que se dice a medias? Y ¿no es ése el trabajo de la literatura? Una infancia de la escucha: *infans* es, sabemos, lo que no sabe, todavía, hablar.)

Nota 3. Herramienta incierta

La escucha me sitúa, inevitablemente. El oído ancla el cuerpo en un anudamiento de coordenadas sensibles: atmósferas, fuerzas, vibraciones. Jamás hay pura abstracción allí. No hay mirada aérea, campo estadístico, “mapa” de lo social. Hay receptividad vibratoria de un cuerpo ante líneas expansivas y escalas multiplicadas. Lo colectivo es multiplicidad de mundos aurales.

La escucha, entonces, me sitúa. Pero no sé nunca *exactamente ante qué*. La escucha desfonda (y un poco ridiculiza) las certidumbres de la visión, su teatro de la verdad, sus modos de la *evidencia*. Por eso es, creo, la vía de conocimiento para este momento histórico. Estamos situados, a tientas, ante no sabemos bien qué. Seguimos el rastro de la escucha menos como un llamado que como una herramienta precaria, sospechosa.

Nota 4. Estar en escucha

Estar en escucha significa, antes que nada, estar del otro lado de la voz, de la enunciación y de la expresión. “Del otro lado del lenguaje”, dice Gemma Fiumara. Es una cierta renuncia, voluntaria o forzada, a la enunciación, al mandato de la expresión y a la centralidad de anunciar el “yo” todo el tiempo, que es la demanda incesante que nos hace la sociedad de las plataformas digitales. La escucha que me interesa *no* es la contraparte de la palabra del otro en el marco de la conversación: no es esperar el turno para decir lo propio. *Es entrar en otro tiempo* diferente al del diálogo comunicativo. Me interesa mucho esto no porque crea que “estar en escucha” nos proporcione una perspectiva privilegiada sobre las “mayorías silenciosas” —ese sueño sociológico— o sobre los “excluidos.” Al contrario: creo que la escucha nos puede ayudar a quebrar ese espejo de la mayoría silenciosa justamente porque la abre al tiempo: estar en escucha no devuelve un “estado” de lo social sino la heterogénea, múltiple, incesante trama de tiempos y memorias que es el trabajo fundamental de la escucha. La escucha es tiempo: el “ataque de tiempo”, decía Nancy. Es la vía para entrar en los tiempos, las memorias, los sueños, los tiempos insondables de quienes quedan del lado del silencio. Y es recordar que el silencio es también parte de la escucha.

Nota 5. Cuerpo muteados

Dos escenas me resultan paradigmáticas de un aspecto que me parece central en la emergencia de las ultraderechas: la falta de palabra como respuesta pública. Días antes del

balotaje, un joven libertario de 18 años se levantó de un programa radial porque le dio ansiedad. La pregunta era simple: por qué no votaba a Massa. Otra invitada, también de 18 años, respondió a la pregunta inversa, por qué no votaba al actual presidente. La chica respondió con argumentos articulados, con su versión de la memoria histórica, y desprovista de agresiones hacia su compañero de entrevista. Ella fue, podemos pensar, una encarnación de la palabra pública sobre la que se entreteje lo democrático tal y como lo concebimos en las últimas décadas. Ante eso, el chico (cuyo prestigio derivaba de haber apostado y ganado a moneda digital durante la pandemia) apenas balbucea unas palabras, se levanta y dice tener un ataque de ansiedad. Fin de la palabra, entra (saliendo, claro: dejando el hueco en el tejido compartido) el cuerpo muteado del hijo de la pandemia: el que habita en pantalla, el que vibra junto al capital digital, el que hace de la falta de cuerpo su intervención, incluso involuntaria.

Fast forward: dos semanas después de la asunción presidencial, uno de sus cuadros políticos (uno de los candidatos a presidir la cámara de diputados!), en una entrevista radial, ante la re-pregunta sobre principios constitucionales básicos, interrumpe la entrevista argumentando que “en esos términos” él no puede seguir la conversación. En esos términos: en los términos de la constitución.

Esta falta de palabra, estos cuerpos muteados, hacen sintonía con la palabra presidencial: palabra en falla, que significa y no significa, que hace del falseamiento que la política vino haciendo del lenguaje una especie de estandarte reconocible: no importa lo que diga, se puede contradecir rápidamente porque su credibilidad, su aprobación, su legitimidad, al menos por el momento, se juega en otro lado: el de un cuerpo que no puede articular los sentidos de la acción política, y que en esa incapacidad encuentra su punto de apoyo.

Falla estructurante entre cuerpo y lenguaje: espectacularizar eso y volverlo capital político. Los cuerpos muteados del mundo libertario operan en ese régimen. Su correlato, por supuesto, es la violencia: la falta de palabra se compensa con el protocolo anti-huelga de la ministra de seguridad, otra *fallida* de la palabra pública.

Nota 6. His master's voice



His master's voice, Francis Barraud, 1899.

El mesianismo es frecuentemente una posición de escucha: es el que oye la voz divina, el comando. O que a través de un llamado reconoce su lugar como encarnación del poder divino. Esa posición de escucha es una suma del poder político: el mesías viene a interrumpir y desmontar las instituciones existentes para realizar la voluntad de Dios en la tierra. Aunque pueda traducirse en tablas escritas —en un medio mudo, como la escritura— viene necesariamente rodeado de sonido: el llamado entra por la oreja.

En el caso de las ultraderechas contemporáneas, y especialmente en el caso argentino, queda claro que el llamado al que se le prestan oídos mesiánicos es el del comando del capital. El mesianismo del presidente argentino pasa por desfondar, vaciar los procedimientos e instituciones democráticas para realizar la voluntad de un dios que ya no se toma el trabajo de ocultar su rostro: es el capital. Nada de la nación, nada de la sociedad, nada del bien común. Es el mesianismo de la teología del capital, realizada efectivamente en el dólar. Tiene, efectivamente, voz, que se expresa en los abogados corporativos escribiendo *directa* y *explícitamente* las leyes de la nación. La posición mesiánica quiere que esto quede en claro: ya no estaríamos en el territorio clásico de la corrupción, que reconoce el poder de la mediación

política y compra sus favores, sino que estamos en la ocupación directa del Estado por las fuerzas del capital llamadas, en la consigna del gobierno, “las fuerzas del cielo.” Eliminamos la corrupción porque aquí no hay nada que ocultar: el Estado está en manos de corporaciones. La fusión, se sueña, entre Estado y Capital será consumada y total. Las fuerzas del cielo como fuerza mesiánica escriben las leyes pero dicta su misión por la escucha.

Se sabe, el folklore del presidente cruza esa vocación mesiánica con su relación con perros vivos y muertos, o mejor dicho, perros vivos-muertos dado que habitan en el limbo de la clonación que decreta que no hay muerte. Los perros, que se llaman como economistas de la escuela austríaca, *dictan* la doctrina. El mesías mediúmnico, las voces, las fuerzas del cielo: estamos en territorios alterados. Esa alteración radical quiere ser el fin de la política: la locura como pasaje de la política a la *teología del dólar*.



Etiqueta de un disco de RCA Victor de 78 rpm de los años 50 (fuente: Wikipedia)

En los orígenes de la industria discográfica, la pintura *His master's voice*, de Francis Barraud (1899)—que pasó por varias etapas, fundamentalmente como imagen de RCA Victor y luego EMI Records— situaba el descubrimiento del fonógrafo y del tipo de escucha que viene con ese salto tecnológico. Una escucha sin origen físico, sin fuente “natural” sino reproducida mecánicamente y que va directamente de la máquina al animal. El gesto del perro parece

reconocer la voz de su *amo* (subrayo el uso de la palabra “master” en el título) saliendo del parlante del fonógrafo. La escena captura una esencia de la escucha: la de traer una voz espectral, una voz de cuerpo ausente, para reorientar (literalmente: reorientar las cabezas) hacia una fuente de sonido a la vez reconocible e irreconocible: puro espectro. *La voz del amo*, sus órdenes, sus comandos, que no tienen cuerpo pero que se reconocen como voz de la autoridad. La escucha como acto de sujeción y de sumisión, sobre todo de quien —como el perro— no tendría voz en el reparto de las enunciaciones válidas. Y donde no hay nada reconocible como humano.

Quizá estemos en una formidable escena de inversión de esta imagen fundacional de la escucha moderna. El cuerpo que dicta es un perro muerto, y el que escucha la máxima autoridad de la nación. La voz del Amo se encarna en el espectro del perro muerto, espectro de muerte negada por vía de la clonación: estamos en la otra vida, en la vida del más allá. En las “fuerzas del cielo.” Y a través de ese canal habla el verdadero dios: el dios del capital, que dictan ya sin mediación las leyes de la vida colectiva, para gloria de un mundo divino hecho ya no de ángeles ni de formas de la vida eterna, sino de corporaciones y de cuerpos dueños, con nombre y apellido, que son los operadores centrales de esta teología del dólar.

Maurizio Lazzarato habla del “imperialismo del dólar” como régimen de dominación en el presente, matriz de los nuevos fascismos y de su repertorio inédito de crueldad. Encontramos en el laboratorio argentino su correlato simbólico, narrativo y kitsch (las fuerzas del cielo, los memes, los perros vivos-muertos, etc.) para el régimen de dolarización planetaria en curso.

Nota. Amianto

La conversación se endurece: entra la familia al campo aural. Estamos en fin de año. La nueva presidencia empezó hace escasas tres semanas, parecen años. La familia se compone de un alto porcentaje de votantes del nuevo gobierno. La conversación se endurece no porque haya explosiones de discusión y chicanas; se endurece por el esfuerzo por mantener la cordialidad y por *pasar la fiesta en paz* como demanda recurrente. Los viejos están viejos, las generaciones se acomodan a ese reclamo. Conversamos, nos reímos, contamos historias sobre un mar de silencio; cualquier proximidad al experimento fascista en curso es una especie de picotazo en la sintaxis: retirada inmediata, señal de peligro. Pienso en el final de *La mujer sin cabeza*, de Martel: la reunión familiar y social sobre el silencio del crimen de clase. De Salta a Córdoba: un bloque de silencio. De nuevo, lo *inarticulado*: eso que recorre las inflexiones, los

gestos, los chistes, lo que despunta y se esconde, el humor defensivo. No es exactamente *the elephant in the room*, es más bien el pacto transitorio allí donde la fractura de las relaciones es demasiado profunda, demasiado constitutiva, probablemente irremontable.

Siento mi cuerpo y mi conversación cubiertos de amianto: un yeso que me permita, pienso, atravesar estos días cultivando el odio que tengo adentro y a la vez manteniendo algunos pactos afectivos. También siento que la escucha sigue su trabajo.

Nota 8. Cómo suena una columna de gendarmes

Lo inarticulado se resuelve como escalada de violencia. Se conecta directamente, sin mediación, con el ruido que hacen los gendarmes cuando se encolumnan para reprimir manifestaciones o para impedir que trabajadores y trabajadoras despedidas retornen a sus lugares de trabajo. El ruido sordo de la columna de gendarmes como canal a través del que baja a tierra y a los cuerpos una doctrina económica brutal y sorda a todo reclamo: lo inarticulado es también eso. El sonido que hace un modelo económico cuando aterriza sobre los cuerpos. Eso es parte esencial de la *teología del dólar*

Nota 9. Paro y movilización

Estamos con una amiga esperando el subte que nos va a llevar a la concentración organizada por las centrales obreras. Es el primer paro contra el nuevo gobierno: hay mucha expectativa sobre los números y las consecuencias del paro. Una movilización se va a concentrar en las puertas del Congreso. La marcha pasa por los mundos del trabajo: sindicatos, organizaciones obreras, y por agrupaciones que se hilvanan en torno a la noción disputadísima de “trabajo.” (Podríamos pensar que todo lo que viene de la ultraderecha se cocina en la disputa múltiple, informe, monstruosa, entre el “trabajador” y el “emprendedor”: *trabajador* es la palabra tachada por el nuevo gobierno.)

Llega el subte. Bastante gente en el vagón, tenemos sensación de alegría porque nos parece que es buena señal, mucha camiseta de sindicatos, caras de gente que va a marchas. Una vez que estamos adentro y que el subte arranca, desde otros vagones que están más adelante, como si viniera de las entrañas de la tierra, empieza a llegar la marcha peronista. Un canto de vagón en vagón. Llega como un aliento y un eco. Gana nuestro vagón y sigue hacia los que vienen más atrás.

Ráfaga.

Pensé: es como si viniera de otro mundo. Desde el subsuelo, desde un sedimento geológico—

estamos en el subte, debajo de la tierra. Otro mundo respecto del de arriba, al que los que ganaron quieren modelar con su experimento brutal. Cuando llegamos a destino la gente seguía cantando. Subimos las escaleras de la estación coreando la marcha.

A la calle, a la superficie, el canto. A la guerra de los mundos.

Nota 10. Things you may find hidden in my ear

An apple that fell from the table on a dark evening when manmade lighting flashed through the kitchen, the streets, and the sky, rattling the cupboards and breaking the dishes.

“Am” is the linking verb that follows “I” in the present tense when I am no longer present, when I am shattered.

[“Una manzana que se cayó de la mesa en un anochecer oscuro cuando un rayo hecho por los hombres relumbró en la cocina, en las calles, y en el cielo, haciendo sonar las tazas y rompiendo los platos.

“Soy” es el verbo copulativo que sigue a “yo” en el tiempo presente cuando ya no estoy presente, cuando estoy hecho pedazos.”]

Así comienza *Things you may find hidden in my ear* del poeta palestino Mosab Abu Toha. Comienza con el flash de ese rayo hecho por el hombre, la explosión en el centro de la casa, de lo doméstico. Que por supuesto hace temblar la casa: todo suena. Todo se fragmenta y se hace pedazos. Ahí se sitúa el “yo” que no puede, evidentemente, ya nunca más hacerse “presente” de manera unívoca.

Cosas ocultas en mi oído: sedimentos. Toha activa la escucha en el medio del genocidio: el poeta es aquí fundamentalmente sujeto de la escucha. Lo que hay se guarda en el oído (en otro poema hablará de Theodor Adorno intentando estudiar “la música de las bombas que caen y de los vidrios estallando”, y fallando en el intento.)

Lo que se esconde en el oído. El método es la escucha.

Nota 11. Profecía

Conversación random en el subte. Tema: demasiada gente viajando a esa hora. El interlocutor, un hombre de mediana edad, parlanchín. Como yo. La hipótesis de la conversación gira sobre las formas de interconexión psíquica que hacen que, sin motivo aparente, la gente tome decisiones similares —por ejemplo, la de subirse al subte toda junta. Las interconexiones psíquicas llevaron, no sé muy bien cómo, a las “profecías de Don Orione”, el sacerdote italiano que montó la red de centros asistenciales en Argentina (“Don Orione” y

“cotolengo” están, en mi memoria, adheridos de manera indeleble.) Según mi interlocutor, en una de tales profecías el sacerdote anunciaba la visión de un presidente colgado, ahorcado, en la Plaza de Mayo.

“Será este?”, remataba mi interlocutor, con gesto de picardía.

Estamos en este punto, pensé: en el de la conversación entre desconocidos, en un espacio público paradigmático, lleno de gente, hablando sobre un presidente ahorcado en la plaza. La profecía lo habilita: lo dice otro (Don Orione, nada menos) y como destino anunciado. El asesinato político como sueño soñado por otro, desde hace décadas: la trama anónima de los deseos.

Fragmento de un estado de lengua: cuando empiezan a sonar las profecías ahí donde la política no puede narrar.

Pienso en el contraste con el intento de asesinato de Cristina. “Se me metió San Martín en el cuerpo”, escribió Brenda Uliarte en un chat, días previos al pasaje al acto. La Poseída, la Elegida. San Martín soy yo. La invocación del Padre, el espiritismo patrio para tener un Yo. Detrás de eso intuyo una trama de lenguajes en torno al secreto: el chat, los iniciados, el plan. “La banda de los copitos” (Arlt!)

En la profecía de mi interlocutor viene otra memoria. Don Orione es la vieja Italia, país del que viene la imagen, estampada a fuego en el inconsciente, de un dictador colgando ahorcado, en un poste, en una plaza, luego de la revuelta popular. Mussolini, la encarnación del fascismo propiamente dicho. El Padre muerto a manos de la multitud. Eso repuesto en los circuitos de la lengua pública: no es un chat de Telegram, es el subte y somos desconocidos. La profecía retorna, una vez más, como género del análisis político popular. El plan fascista y la profecía anti-fascista: *cosas que tenemos ocultas en nuestros oídos*, como escribe el poeta palestino.

Coda: Escucha táctica

Estar en escucha me sirve como trabajo de reorientación en el momento en que la “libertad de expresión” como valor supremo de las democracias liberales se resuelve en la cacofonía violenta de las plataformas y en estrategia de aturdimiento público. Ahí quiero ensayar otra política de la atención que me ofrezca otros horizontes de sentido y de relación, y desde luego, otra economía del tiempo.

La escucha es un modo de presencia y de expresión que elude el dramatismo escénico de la voz como foco exclusivo o principal del sentido. No es el reverso pasivo de la voz: *es un*

ritmo de relación distinto. Opera sobre el tiempo más que sobre el espejo del diálogo. Empuja el diálogo hacia aquello que el diálogo no termina de formular. Por eso *reorienta*, porque tiende a desplazar las coordenadas dadas de lo que se puede decir, resonar, escuchar. Contra la construcción especular, fija, del *diálogo* —que hoy es el teatro fallido de la democracia—le contrapongo el trabajo de reorientación de la escucha.

La escucha no es democrática en el sentido de escuchar a “todos”, “todas” las voces. No hay tal “todo” para la escucha. Al contrario, la escucha es singularidad, textura, diferencial del sentido. Se escucha en singular, nunca en general. Por eso, en contextos en los que el aturdimiento es la estrategia comunicativa del poder, donde es la cacofonía de las plataformas lo que busca anonadar y agotarnos, ahí me gustaría reivindicar mi derecho fundamental como sujeto de la escucha: el de moverme lo más tácticamente posible en la saturación del presente, no negando las fuerzas que lo componen pero sí desplazando énfasis y modos de la atención. Un modo de desplazarme ante la captura constante en la última agresión, la última crueldad, la última provocación. La “última” es: la del hoy, la de hace un rato, la que viene en el próximo tweet.

En el momento en que el aturdimiento es la estrategia general de un poder neofascista, responder quiere decir también: evitar que nuestras réplicas y nuestras respuestas sean su vía de amplificación. Porque este momento tecnológico y político modifica sustancialmente lo que entendemos por respuesta política y ética. Por eso me interesan los tiempos-otros de la escucha, su capacidad de desvío respecto del “espejo” del diálogo y sus *réplicas*.

Ahí me interesa, por ejemplo, el trabajo de escucha que activó Dani Zelko: justamente donde los focos del poder caen sobre supuestos “victimarios” populares que amenazan a los “argentinos de bien” —Juan Pablo, Lof Lafken Winkul Mapu, el “mapuche terrorista”—, pone a trabajar una escucha que abra los tiempos, que sacuda el presente manufacturado por la tele y las redes, y desvíe sus puntos de narración y de afecto. Allí producir escenas de escucha nos permite operar de otros modos en un entorno tecnológico saturado de archivos virales que no hacen memoria. *La escucha puede eso*: las reuniones de Dani son un indicio potente. Ahí un procedimiento.

Hacer lo que no sabíamos que sabíamos hacer. La escucha viene con otros tiempos: ese poder. Para usarlo contra la saturación comunicativa que busca dejarnos fijados en este instante perpetuo, nítidamente manufacturado para la impotencia.

Bibliografía

Ahmed, Sarah (2006) *Queer Phenomenology. Orientations, Objects, Others*, Durham, Duke UP.

Connor, Steve (1996) "The Modern Auditory I", en Porter, Roy, *Rewriting the Self. From the Middle Ages to the Present*, London, Routledge.

LaBelle, Brandon (2021) *Acoustic Justice. Listening, Performativity, and the Work of Reorientation* Bloomsbury Academic, New York & London.

Lazzarato, Maurizio (2023) *El imperialismo del dólar*. Buenos Aires, Tinta Limón.

Toha, Mosab Abu (2022) *Things You May Find Hidden in My Ear: Poems from Gaza*. City Lights Publishers.

Zelko, Dani. "Reunión". <https://reunionreunion.com/>

Fecha de recepción: 15 de abril de 2024

Fecha de aceptación: 23 de mayo de 2024

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

